



Yasmina

Khadra El olimpo de  
los desdichados



DESTINO

# El olimpo de los desdichados

Yasmina  
Khadra

Traducción de Wenceslao-Carlos Lozano

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1382

Título original: *L'Olympe des infortunes*

© Éditions Julliard, París, 2010

© por la traducción, Wenceslao-Carlos Lozano, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-233-5163-3

Depósito legal: B. 20.337-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

—¡Deja de mirar!

Júnior da un respingo y se vuelve.

Ach *el Tuerto* está detrás de él, erguido sobre un montón de basura, con los brazos en jarra, indignado. La brisa le deshilacha la lengua barba.

Júnior agacha la cabeza como un chaval pillado in fraganti. Se rasca la coronilla en señal de desamparo.

—No sé cómo he venido a parar aquí.

—¡No me digas!

—Es verdad, Ach. Caminaba dando vueltas a la cabeza y no sé cómo he venido a parar aquí.

—¡Mentiroso! —Ach se estremece de cuerpo entero—. Eres un puñetero mentiroso, Júnior. Aunque te lavaras la lengua con agua bendita te olería a alcantarilla.

—Te aseguro...

—No hay nada que hablar. No intentes escaquearte cuando te han cazado como un ratón. Es una cuestión de dignidad.

Cuando Ach se enfurece, la nube que le cubre

el ojo se le blanquea del todo, lo que hace que le destaque el ojo sano.

—Confiesa que no puedes evitar venir hasta aquí para ver pasar los coches.

—No es verdad —gimotea Júnior—, te digo que le estaba dando vueltas a la cabeza.

—Corta el rollo. Te conozco como si te hubiera parido... Explícame qué interés tienes en ver pasar esos coches corriendo como locos de aquí para allá. De tanto girar la cabeza se te acabarán fastidiando los huesos del cuello y habrá que ponerte una cuña en cada lado para que puedas mirar hacia delante.

—No soy una veleta —refunfuña Júnior.

—¿Qué me cuentas?

—Nada...

—Sí, has dicho algo.

Júnior opta por achantarse. Es un hombrecillo reseco con la cara tan blanca como un pierrot, cuatro pelos sueltos en la barbilla y unos hombros tan estrechos que apenas se le notan los brazos en los costados. No resulta fácil leerle las ideas en su turbia mirada, que parece rozar el mundo sin detenerse en él. Pese a su cuerpo de adolescente y cerebro de mosquito, debe de andar por los veintitantos largos.

Baja del viejo muelle de carga exagerando las precauciones como si fuera a romperse la crisma, para ablandar al Tuerto, y, una vez abajo, intenta, fingiendo abotonarse la camisa, sortear la furibunda mirada dispuesta a comérselo crudo.

Ach hunde sus puños en los huecos de la cade-  
ra. A la vez que indignado, no puede evitar sentir  
indulgencia. Por mucho que intenta aparentar en-  
fado, la pesarosa cara de Júnior lo conmueve hasta  
lo más hondo, y la firmeza que deseaba imponer  
empieza a ceder.

Suspira y dice apartando los brazos:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que éste es  
un lugar maldito?

—¿No te estoy diciendo que no lo he hecho  
queriendo?

—No tengo por qué creerte sin más... Ándate  
con ojo, Júnior. No juegues con esto. No me can-  
saré de decírtelo. Al principio, parece divertido  
pero, cuando quieres reaccionar, ya es demasiado  
tarde... ¿Acaso te gustaría acabar viviendo en la  
ciudad, Júnior?

Júnior niega enérgicamente con la cabeza, aba-  
tiendo pestañas y labios.

Ach insiste, tendiendo el brazo hacia la ciu-  
dad:

—¿Acaso te gustaría acabar viviendo allá?

—Jamás iré a una ciudad —contesta Júnior sin  
dejar de negar con la cabeza—. No estoy loco.

—Entonces vuelve para acá, idiota.

Júnior se cuadra y regresa.

—No se te ocurra darte la vuelta —le intima  
Ach meneando el dedo—. Dios avisó a Lot: «Me  
voy a cargar Sodoma. Coge a tu gente y lárgate de  
aquí cuanto antes. Cuando oigas todo el follón que

voy a montar, ni se te ocurra mirar atrás». Lot reunió a su tribu y ordenó expresamente que nadie se diera la vuelta cuando Dios estuviera liándola en Sodoma. Pero la mujer de Lot se dio la vuelta... ¿Y sabes lo que le ocurrió a la señora de Lot?

—Ya me lo has contado.

—Quizá recuerdes la profecía.

—Así es.

—Pues cuéntame un poco lo que le ocurrió a la señora de Lot.

Júnior se tritura los dedos encogiéndose de hombros. Dice con voz muy queda.

—Se convirtió en estatua de sal.

—¿Acaso te gustaría acabar convertido en estatua, Júnior?

—Con lo que me gusta moverme...

—Pues trae tus huesos para acá y no se te ocurra mirar atrás. La ciudad es un hechizo, Júnior. Una vez que te largas dando un portazo, es para siempre.

Júnior se acerca al Tuerto tropezando con la basura del vertedero. No le gusta que lo pillen del otro lado del descampado y siente cargo de conciencia.

Ach lo agarra por el codo y lo zarandea.

—A mí también me avisó Dios: «Lía tu petate, Ach, y lárgate de aquí. La ciudad no es para ti. Vete sin mirar atrás». Estuve horas haciendo dedo en la carretera. Me moría de ganas de echar la vista por encima del hombro, pero aguanté. Un ca-

mión se acabó deteniendo. Me metí en la cabina. Por un momento, se me ocurrió pasarme de listo y mirar una última vez la ciudad por el retrovisor. Pero Dios no se conforma con ordenar, también está al loro; y ¡paf!, el retrovisor me saltó a la cara. Así fue como perdí el ojo.

Júnior está bastante irritado.

Menea la cabeza y refunfuña:

—Se equivocó de vocación.

—¿Quién?

—Pues Dios.

Ach se detiene, cruzando sus brazos de oso desbastado. Una pantalla de saliva le cubre la horquillada dentadura.

—Sabes que aborrezco la blasfemia, Júnior.

Júnior se encoge de hombros y sigue chapoteando entre inmundicias. Ach hincha los mofletes y aprieta el paso para alcanzarlo. Por delante, las dunas se van desmenuzando al llegar al Mediterráneo, y el horizonte cubre su retirada con visillos de bruma. El sol cae como una naranja pocha y las sombras se alargan desmedidamente para dar paso a la noche.

—¿A qué puñetas vienen esas prisas? —se irrita Ach.

Júnior afloja el paso y se detiene, con la barbilla pegada al pecho y una subrepticia babosa colgándole de la nariz. Su situación es poco airosa, y lamenta no tener una buena excusa para defenderse.



—Por eso, a veces pienso que lo mejor que puedo hacer es no volver a dirigirte la palabra, Júnior —lo amenaza Ach—. Eres demasiado susceptible. Y cuando se es demasiado susceptible, se niega uno a reconocer sus propias faltas. Así acaba uno cansando a cualquiera, y se queda solo cuando las cosas le van mal. Un fulano que quiera salir adelante no tiene que poner cara de perros cuando le están aclarando las cosas. No tiene por qué tomarse los consejos como prohibiciones ni las amonestaciones ilustradas como insultos. Un fulano que de verdad quiera aprender tiene que estar al loro de todo lo que ocurre y seguir los consejos que le dan. Si estoy tan pendiente de ti es porque te quiero, Júnior. No quiero que te ocurra una desgracia.

Júnior dobla aún más la testuz, con los morros apuntando exageradamente hacia fuera.

Ach se da una fuerte palmada en la rodilla.

—Cada vez que te hago un reproche, me pones cara de perro apaleado. Pero cuando te dejo hacer lo que te da la gana, dices que no cuido de ti. Me pregunto cómo debo comportarme. Necesito tenerlo claro de una vez por todas...

Júnior se limpia la nariz con la muñeca. Cada grito de su protector lo hunde un poco más en el remordimiento. Le da vergüenza enojar a quien más quiere en el mundo. Para su escaso entendimiento, no sólo truena la voz del Tuerto sino que también lo están increpando los dioses.

Hace otro intento de diversión.

—Te digo que he llegado hasta la carretera por casualidad, y tú me regañas como si fuera un pillastre. ¿Acaso estoy robando o molestando a alguien? ¿Acaso he ofendido al Señor en algo? Sólo estoy aquí, estirando las piernas sin pensar en nada. ¿O es que está prohibido?... No lo está. Entonces ¿por qué me apuntas con el dedo frunciendo el ceño?

Hay tanta miseria en el tono de Júnior que Ach siente que se le derrite el corazón como un bloque de hielo bajo el efecto de un soplete. Al tragar, la nuez se le remueve dolorosamente en la garganta.

—Es por tu bien, Júnior, y lo sabes.

Júnior permanece de morros un minuto más. Nota un cierto vuelco en la situación y quiere que le dure. Descuelga el belfo y su mirada de soslayo le deforma ridículamente la nuca.

—No he dicho que no fuera por mi bien —acaba reconociendo—. Pero sí que podrías ser menos duro al tirarme de la oreja... No me gusta verte enfadado —añade zalamero—. Eres tan bueno conmigo. Me siento culpable.

Ach se ablanda de inmediato. Rodea con su brazo el cuello de su protegido y le alisa el pelo con infinita bondad. Júnior, que es bajito y flaco, se acurruca bajo la axila tutelar y cierra los ojos para saborear la plenitud de su refugio.

—¡Bicho malo! —le suelta Ach con afecto.

—¡No soy un bicho malo! —le contesta con melindre.

—Eres tozudo como una mula, Júnior. ¿Y sabes por qué lo eres?

—Pues porque sólo camino a palos.

—Exactamente.

Se aparta levemente y se lo queda mirando a los ojos.

—Tienes mucha suerte, Júnior. Mucha, mucha suerte de estar con nosotros. No tienes idea de lo afortunado que eres. En ninguna otra parte te tratarían con tanto miramiento.

—Lo sé.

—¡Tú qué vas a saber!

Ach aparta con delicadeza a su protegido y, con gesto grandilocuente, le señala la playa y las dunas enlazadas entre sí, el vertedero sobrevolado por enormes bandadas de volátiles y, *cual madre patria*, el descampado erizado de carcasas de coches, de montículos de grava y de hierros retorcidos.

—Éste es tu país, Júnior. Aquí estás en casa. No andas tirado por las calles. No estás gimoteando encogido en un portón. No vives de la sopa boba. Y nadie te señala con el dedo como si fueras una mancha.

Júnior escucha entornando los ojos. A medida que el Tuerto se va relajando, a Júnior se le extiende la sonrisa por toda la cara.

—No eres un sin hogar, Júnior...

Júnior niega con la cabeza.

—... Nadie te pide los papeles porque no los tienes. Tú pasas de *sus* papeles, Júnior. No tienes que

rendir cuentas a nadie. Eres un Hombre Libre, Júnior. Eres un Horr.

Júnior inspira hondo y endereza la nuca para darse más autoridad.

—¿Qué es un Horr, Júnior?

—Un vagabundo que se respeta, Ach.

—¿Y cómo camina un Horr, Júnior?

—Con la cabeza muy alta, Ach.

—¿Y tú cómo caminas, Júnior?

—Camino con la cabeza muy alta, Ach.

—Porque has elegido vivir entre nosotros. Es decir, *aquí*... En *nuestra* patria. Donde no hay bandera que nos oculte el horizonte. Donde no hay lema que nos haga marcar el paso. Donde no hay toque de queda que nos obligue a apagar nuestra fogata. Por no tener, ni siquiera tenemos hora. Tenemos el día y la noche, y santas pascuas. Nos levantamos cuando queremos, dormimos cuando nos apetece, y no consentimos que nadie nos diga cómo tenemos que comportarnos. Estamos en nuestra casa. Aunque sin bandera, ni himno, ni proyecto de sociedad, tenemos patria propia y está *aquí*, ante nuestros ojos, bajo nuestros pies, tan verdadera que podemos prescindir de lo demás... ¿Acaso necesitamos a los demás, Júnior?

—No necesitamos a nadie, Ach.

—¿Acaso tenemos acreedores pegados al culo?

—Ni siquiera sé lo que significa esa palabreja.

—Vivimos de lo nuestro, y nos bastamos a nosotros mismos.

—Nos las apañamos muy bien solitos, como hombrecitos, Ach.

—¿Y dónde estamos, Júnior?

—Estamos en nuestra casa.

—Estamos *aquí*... Aquí, en el territorio de los Horr. Aquí, donde todo está permitido, donde nada está prohibido... Y aquí no eres rey, no eres soldado, no eres sirviente; aquí, eres Tú.

—El otro día me dijiste que, aquí, yo era Dios Padre.

—Y no te mentí. Aquí, también eres Dios Padre. Aquí, haces lo que te parece. Da igual que tengas razón o no. Tampoco importa que estés de acuerdo o no. *Existes*, y eso no tiene precio.

A Júnior le llegan las comisuras de los labios al lóbulo de las orejas. Los ojos le relucen de felicidad.

—¿Me vas a seguir contando todo lo que quiero?

—¿Acaso te lo he negado alguna vez?

—¿Me contarás historias sobre la gente, sobre animales que hablan, y también cuentos increíbles?

—Lo que quieras. Nunca te he negado nada.

—Entonces, desembucha...

—¿Qué quieres que te cuente, Júnior?

Júnior se pone a dar botes y a azotar el vacío, como un niño mimado seguro de que le servirían la luna en bandeja de plata si le diera por pedirla.

—¿Qué pasa cuando hay olas en el mar, Ach?

—Bah...

—Por favor.

—Ya te lo he contado cien veces.

—No te hagas de rogar —se entusiasma Júnior—. Dime qué pasa cuando hay olas en el mar.

—Me he dejado el banjo en casa.

—Da igual... Ach, Ach, te lo ruego. Me hace tanta ilusión. Dices que sólo piensas en mi bienestar.

El Tuerto esboza una mueca contrariada pero, ante la creciente alegría de su protegido, se queda mirando una nube, carraspea y ahueca la voz:

—Cuando hay olas en el mar, para la gente de la ciudad es que hace mal tiempo, pero para un Horr, es que está de fiesta. Y mientras la gente de la ciudad se encierra en su casa, nosotros nos subimos al acantilado y asistimos a la fiesta de las olas sin abrir la boca. Cuando el viento impide dormir a la gente de la ciudad, un Horr percibe música en cada estruendo. Ése es nuestro privilegio, Júnior, ése es nuestro secreto. Sabemos ser felices con todo lo que Dios hace, porque sabemos que Dios es artista. Pero la gente de la ciudad no tiene idea de este tema. Están a gusto en su casa, tienen bastantes comodidades, pero no ponen corazón en nada de lo que hacen. Para ellos, la felicidad consiste en poner pegasa a todo. Pero no es así. La felicidad, Júnior, consiste en callarse cuando las olas se divierten. Aunque no tengamos gran cosa, ponemos corazón en nuestra pobreza. Ahí está la diferencia. Lo que para los demás es mal tiempo, para nosotros es una fiesta. Es una cuestión de mentalidad.

—¡Joder! —se extasía Júnior—. Si hubiese que votar a Dios, ten por seguro que votaría por ti.